

Simone Weil

El arraigo

Preludio a una declaración de deberes
para con los seres humanos

Traducción de
Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños

Prólogo de
Carmen Herrando Cugota



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *L'enracinement. Prélude à une déclaration des devoirs envers l'être humain*

Primera edición: septiembre de 2025

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© del prólogo: Carmen Herrando Cugota, 2025
© de la traducción: Elena M. Cano e Iñigo Sánchez-Paños
© Alianza Editorial, S. A., 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 979-13-7009-022-7
Depósito legal: M. 11892-2025
Printed in Spain

Índice

- 9 Prólogo

- 47 El arraigo. Preludio a una declaración de deberes para con los seres humanos
 - 49 Las necesidades del alma
 - 58 I. El orden
 - 62 II. La libertad
 - 64 III. La obediencia
 - 66 IV. La responsabilidad
 - 68 V. La igualdad
 - 72 VI. La jerarquía
 - 73 VII. El honor
 - 75 VIII. El castigo
 - 78 IX. La libertad de opinión
 - 90 X. La seguridad
 - 92 XI. El riesgo
 - 94 XII. La propiedad privada
 - 96 XIII. La propiedad colectiva
 - 98 XIV. La verdad
 - 102 XV. El arraigo
 - 104 El desarraigo obrero
 - 140 Desarraigo campesino
 - 162 Desarraigo y nación

- 381 Estudio de una declaración de las obligaciones hacia los seres humanos

- 383 Texto condensado que tal vez podría ser realmente el preámbulo de una declaración oficial
- 385 Profesión de fe
- 392 Exposición de las obligaciones
- 396 Aplicación práctica

Prólogo

Solo estaba protegida contra la crueldad y la bajeza, que vienen a ser lo mismo. Nunca despreció otra cosa que no fuera el desprecio mismo. Al leerla, se diría que lo único de lo que era incapaz su sorprendente inteligencia era de frialdad.

A. CAMUS, Proyecto de prólogo a
L'Enracinement

El libro que el lector tiene entre sus manos es un trabajo de pensamiento político, escrito para «insuflar inspiración a un pueblo» (p. 254): Francia y, por extensión, toda Europa. Tal inspiración no viene dada, sino que requiere un esfuerzo firme de atención y un ejercicio de reflexión riguroso, que crean tensión intelectual en quien los realiza. Así concibe Simone Weil la inspiración. Y con esa tensión en el alma y una atención excelsa emprende estas reflexiones sobre las raíces nutricias de Europa, todavía en guerra y con un porvenir incierto. Los diversos temas los aborda con mirada amplia y un trasfondo metafísico en cuyo centro sitúa el valor del ser humano, el respeto incondicional por todos

y cada uno. Las páginas de *El arraigo* contienen recorridos históricos, inquietudes filosóficas y religiosas, consideraciones acerca de la política... Todo ello al calor de meditaciones de primer orden por las que la autora vuelve a las iluminaciones de sus *Cuadernos* de Marsella.

Inglaterra

Tras casi cinco meses en Nueva York, adonde llegó con sus padres huyendo del nazismo —eran de origen judío—, Simone Weil desembarca en Liverpool el 25 de noviembre de 1942. El tiempo pasado en América le resultó desasosegante; tenía el sentimiento de haber traicionado a su patria y a Europa entera, en guerra contra el mal nazi, y desde Nueva York hizo lo imposible por regresar a Francia; sin embargo, tuvo que conformarse con quedarse en Inglaterra. Los servicios de seguridad la retuvieron dieciocho días en Liverpool; llegaba a Londres el 14 de diciembre. En 1941, desde Marsella, cuando el Gobierno provisional de Francia se trasladó a Londres, había presentado una demanda formal para ser admitida en Inglaterra; el documento lo interceptó la policía y fue requerida varias veces en la comisaría.

«Francia libre» se transmutó en «Francia combatiente» en julio de 1942, merced al «viraje democrático» del general De Gaulle por el que quedaban unificadas la resistencia de la zona ocupada y la resistencia exterior. André Philip, profesor universitario y militante socialista, se incorporó en Londres al Gobierno provisional y se hizo cargo del Comisariado de interior. Philip fue activo resistente en la región de Lyon y, como cristiano convencido —de confesión pro-

testante—, sabía del apoyo prestado a la resistencia por la revista *Cahiers de Témoignage chrétien*, en cuya difusión participó Simone Weil desde Marsella. Esta militancia y el conocimiento del rigor intelectual de la pensadora hicieron que Philip la admitiese en Francia combatiente. También influyó la petición de Maurice Schumann, antiguo compañero de estudios de la filósofa y portavoz de Francia libre, a quien ella pidió ayuda para llegar a Londres desde Nueva York. Philip escuchó a Schumann y comunicó por carta a Simone Weil su decisión de aceptarla en Inglaterra (carta del 14 de septiembre [CE 1246]). En la misma carta le anunciaba que viajaría en breve a Nueva York, en donde tendrían ocasión de verse.

En Londres, Simone Weil trabajó en la sede del Comisariado de interior (17, Hill Street) bajo la dirección de Francis-Louis Closon, jurista, católico de izquierdas y conocido de André Weil. La familia Closon acogió con cariño a la filósofa: Madame Closon la acompañaría durante su enfermedad y fue una de las pocas personas que, escasos meses después, asistieron a su entierro. Los Closon anunciaron a André Weil la muerte de su hermana.

Poco antes de la llegada de Simone Weil, en Londres, René Cassin, uno de los juristas que participaron en la redacción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, creaba cuatro comisiones para organizar la Francia de después de la guerra. Se interesó especialmente por la dedicada a asuntos de orden jurídico e intelectual y puso al frente a Félix Gouin, enviado personal de Léon Blum, encargándole, entre otras tareas, completar la Declaración de derechos de 1789 mediante un código de deberes hacia los seres humanos. En esta comisión trabajó la filósofo-

fa. Se empleó a fondo en pensar la Europa que habría de llegar tras la guerra. Revisó y escribió numerosos documentos e informes, pues estaba contratada como redactora. Trabajó en un ambiente enrarecido en el que diversas perspectivas e ideologías redefinían nociones como democracia, régimen parlamentario, constitución o partido político. Se trataba de ver cómo enfocar el régimen de la futura República francesa y, en él, las cuestiones económicas, políticas y sociales, con vistas también a edificar una nueva Europa.

Una carta de Simone Weil a su amigo el pensador político Boris Souvarine (1895-1984), enviada desde Nueva York en octubre de 1942, da luz sobre el ánimo con el que emprendería el trabajo en Londres:

En este momento, solo me interesa la política en la medida en que esta guerra incluye factores políticos. Ahora se trata de ganar la guerra, pues podemos perderla. Las concepciones políticas y sus relaciones con lo que vendrá tras la guerra pueden ir madurando en silencio en el fondo de cada espíritu, o al menos en cada espíritu capaz de efectuar tal operación (OC V 1, 32).

No era posible para ella desligar cuestiones de carácter político de las nociones filosóficas sobre las que toman asiento. Por eso, en Londres, como a lo largo de su breve vida, pensó en profundidad la civilización, la condición humana, las sociedades, el fenómeno religioso, las organizaciones políticas y sociales, las constituciones, la tradición... Y lo hizo desde su visión esencial del hombre, partiendo de «la exigencia de bien absoluto que se encuentra siempre en el centro de todo corazón humano» (p. 383) y su vincula-

ción con una «realidad situada fuera del mundo y que escapa a todas las facultades humanas, salvo a la atención y al amor» (*ibid.*). El hacer político del final de su vida consistió en un denodado ejercicio de pensamiento que, amparado por su testimonio, daba cuenta de su concepción del ser humano y del mundo. En ningún caso pretendió exponer —y menos imponer— su filosofía; solo ofrecía los frutos de un pensamiento excepcionalmente comprometido con la verdad, eje firme de su trayectoria personal desde la vivencia que tuvo a los catorce años y describe así en su «Autobiografía espiritual»:

Tras meses de tinieblas interiores, tuve de pronto y para siempre la certeza de que cualquier ser humano, aun si sus facultades naturales son casi nulas, penetra en ese reino de verdad reservado al genio, tan solo deseando la verdad y haciendo un esfuerzo permanente de atención por alcanzarla (AD 38-39).

Con tal espíritu, y casi sin tomar aliento, redactó las páginas que siguen: un testamento intelectual y radicalmente ético, escrito con ardor a la luz de su cosmovisión metafísica y religiosa.

Al final de sus días, Simone Weil renegó de Francia combatiente. El 26 de julio de 1943, desde el hospital Middlesex, presentaba su dimisión mediante una carta dirigida a Francis-Louis Closon. Le decía: «No tengo, no puedo tener, no quiero tener ninguna relación directa o indirecta, ni siquiera muy indirecta, con la resistencia francesa». Entre otras razones, esgrimía esta: «Las inteligencias cedidas por entero a la verdad y dedicadas exclusivamente a ella no son utilizables por ningún ser humano, incluido aquel en

quien residen» (OC V 1, 636). Llevó así hasta el límite su compromiso con la verdad. Se sentía «rota». Y, como consta en la misma carta, únicamente la compañía de sus padres habría podido reparar aquel estado de agotamiento. Le quedaba menos de un mes de vida.

Camus y la colección Espoir

El 25 de marzo de 1946, Albert Camus desembarca en Nueva York. Allí le espera Nicola Chiaromonte, a quien había conocido en Orán cuando el italiano huía del régimen fascista de su país. Camus aprovechó el viaje por la costa este norteamericana y Canadá para ver a su amigo. Chiaromonte lo presentó a Dwight Macdonald, fundador de la revista *Politics*, con la que colaboraba, y a otros integrantes del círculo de la revista. *Politics* acababa de publicar dos textos de Simone Weil: «La Ilíada o el poema de la fuerza» y «Reflexiones sobre la guerra». Camus era entonces editorialista de *Combat*, publicación surgida en la clandestinidad durante la guerra; pero era, ante todo, el autor de *El extranjero* (1942), cuya traducción empezaba a circular por los Estados Unidos. En aquel contexto, el escritor escuchó hablar mucho de Simone Weil; apenas la había leído. Jacques Cabaud, primer biógrafo de Weil, sostiene que el pensamiento de la filósofa comenzó a pesar en Camus en 1948, poco antes de publicar *L'Enracinement* (Cabaud 294). Es posible que el escritor conociese «La Ilíada o el poema de la fuerza», publicado en *Cahiers du Sud* en dos entregas —finales de 1940 y comienzos de 1941—, pues *Nouvelle Revue Française*, vinculada a la editorial Gallimard, con la que Camus colaboraba desde 1942, recha-

zó el artículo un año antes. Sabemos por Guy Basset que Camus quedó deslumbrado al leer «Condición primera de un trabajo no servil», publicado en 1947 en *Le Cheval de Troie*, revista editada por los dominicos de Saint Maximin, en la región del Var, pero cuya administración se llevaba desde las oficinas de Gallimard en París (Basset 253).

Durante el periplo americano, Camus dictó varias conferencias. La pronunciada en la Universidad de Columbia el 28 de marzo —«La crisis del hombre»— ofrece concomitancias sorprendentes con el pensamiento de Simone Weil. Sirvan de ejemplo estas líneas:

La decadencia del mundo griego empezó con el asesinato de Sócrates. Y se ha matado a muchos Sócrates en Europa desde hace algunos años. Es una indicación. La de que para las civilizaciones del crimen solo resulta peligroso el espíritu socrático de indulgencia con los demás y el de rigor para con uno mismo (Camus, OC II, 746).

Camus atravesaba entonces una etapa difícil. Chiaramonte lo describe «dolido, invadido por la tiniebla, misantrópico, con gran avidez de comunicar —un hombre que, al poner en cuestión el mundo, se ponía en cuestión a sí mismo y con esa actitud daba testimonio de su vocación—» (Doering 17). Es asombroso que en aquellas circunstancias escuchase hablar tan a menudo de Simone Weil, pero aún asombra más que tales cavilaciones y oscuridades se produjesen en el país que la filósofa abandonaba cuatro años atrás con pesadumbre similar en el alma. Fue un primer cruce de dos caminos que convergerían después en lo político y en su visión del ser humano.

Cuando Camus pasó por los Estados Unidos, los padres de Simone Weil se hallaban en Brasil; allí permanecieron un par de años junto a André y su familia. En 1947 llegaban a Suiza, desde donde regresaron a Francia al terminar 1948.

En 1946, Albert Camus inauguraba la colección *Espoir* en la editorial Gallimard. El nombre era un guiño a André Malraux y a su novela *L'Espoir* (la esperanza), en la que constan sus vivencias como aviador en la guerra de España. En la contracubierta de los primeros libros de la colección figuran estas palabras: «Reconozcamos, pues, que es el tiempo de la esperanza, aunque se trate de una esperanza difícil. Esta colección, de forma sencilla y desde un lugar modesto, puede ayudar a denunciar la tragedia y mostrar que ni esta es una solución ni la desesperanza una razón. De nosotros depende que estos sufrimientos se conviertan en promesas».

El manuscrito titulado por Simone Weil «Prélude à une déclaration des devoirs envers l'être humain» (Preludio a una declaración de deberes para con los seres humanos), conocido como *L'Enracinement* (que en la presente edición se traduce como *El arraigo*), se sometió a algunos vaivenes. Redactado en Londres, al morir Simone su madre lo reclamó a los Closos desde Nueva York, pero no lograría hacerse con él hasta 1948. El documento llegó a los Estados Unidos en 1945, en donde permaneció hasta que André Weil pudo remitirlo a Francia en 1948. Una vez en Francia, un amigo de André lo custodió varios meses en Nancy, hasta que pudo enviarlo a Suiza a los padres Weil, cuando estaban a punto de regresar a Francia.

Boris Souvarine fue buen amigo de Simone Weil. De origen ruso, lo expulsaron del Partido Comunista y se ins-

taló en Francia. Durante la guerra vivió un tiempo en Estados Unidos y volvía a Francia poco antes de que lo hicieran los padres de la filósofa, con quienes colaboró estrechamente para dar a conocer los trabajos de Simone. Souvarine se entrevistaba con Camus el 20 de noviembre de 1947, instado por Nicolas Lazarevitch y Brice Parain, que a la sazón preparaban un libro para la colección *Es-poir*. Parain trabajaba desde 1927 en la editorial Gallimard; abandonó el Partido Comunista en 1933 y en 1939 apoyó la publicación de *Stalin*, la obra más conocida de Souvarine. Este entramado de relaciones y circunstancias hizo posible la publicación de *L'Enracinement*. El 7 de abril de 1948, Parain anunciaba por carta a Souvarine que Gaston Gallimard aceptaba editar el «Prélude» en la colección dirigida por Camus.

Albert Camus leyó «Prélude à une déclaration des devoirs envers l'être humain» en 1948, poco después de entregar al público su novela *La peste* (1947). Fue él quien cambió el largo título por *L'Enracinement*; tanto él como Parain veían difícil conservar el dado por su autora.

L'Enracinement está escrito con premura, pero con extraordinaria claridad mental. La autora no tuvo tiempo de releerlo y mucho menos de corregirlo. Aquellos pensamientos apremiados y de una integridad sorprendente se vieron interrumpidos a mediados de abril, cuando la hallaron yacente y sin sentido en su habitación. Se hospedaba en casa de Mrs. Francis, viuda con dos hijos, en un barrio humilde de Londres. Desde el 15 de abril hasta mediados de agosto estuvo ingresada en el hospital Middlesex con diagnóstico de tuberculosis. El 17 de agosto la trasladaron al Grosvenor Sanatorium de Ash-

ford, en Kent. La enfermedad le produjo un grave agotamiento, al que fueron a sumarse la desazón causada por la guerra y una gran tensión intelectual. Durante los últimos meses, siguió escribiendo a sus padres como si todo fuese bien, para no preocuparlos. Murió en Ashford el 24 de agosto de 1943 hacia las diez de la noche. Se consumió mientras dormía, como se extingue la luz de una candela.

El arraigo es el segundo libro publicado de Simone Weil. Sobre él escribía Camus en junio de 1949, en una reseña para el boletín de la *Nouvelle Revue Française*:

[Es] uno de los libros más lúcidos, más elevados, más hermosos, que se han escrito desde hace mucho tiempo sobre nuestra civilización [...]. Este libro austero, de una audacia a veces terrible, despiadado y al mismo tiempo admirablemente comedido, de un cristianismo auténtico y puro, es una lección a menudo amarga, pero de una rara elevación de pensamiento (Camus, *Essais*, 1700).

Y en un anterior «proyecto de prólogo» describía el texto como «auténtico tratado sobre la civilización» en el que la autora va, «con toda naturalidad, a lo esencial» (*ibid.*, 1701). Camus admiró profundamente a la filósofa; muestra de ello son estas palabras enviadas a Madame Weil en febrero de 1951: «Simone Weil es, ahora lo sé, el único gran espíritu de nuestro tiempo» (*CE*, 90-91). El escritor recibió el Premio Nobel de Literatura en 1957. Antes de ir a Suecia a recoger el Premio, pidió a la madre de Simone Weil pasar unos momentos de recogimiento en la habitación que había sido la de su hija.

Las vidas de Albert Camus y Simone Weil fueron generosas, intensas, y animadas por una gran tensión creadora. Aunque con referentes muy distintos, el anhelo de lo absoluto alentó sus existencias como eco de fondo apenas perceptible desde fuera. Tal deseo concitó en ellos el valor de afrontar lo real con firmeza, generando auténtica sed de verdad y de justicia. Si en la vida de la filósofa hubo tensión entre la gravedad y la gracia, la desgracia y la alegría, la necesidad y el bien, la del escritor discurrió entre la rebeldía y el absurdo, el conocimiento de la aspereza del corazón humano y la redención por el amor y la justicia. Ambos hicieron frente a exigencias apremiantes de su tiempo: luchar contra la fuerza, la miseria y la desdicha; denunciar las injusticias. A los dos les desazonaba el sufrimiento de los inocentes, y desde sensibilidades parejas combatieron el desarraigo para procurar enraizamiento, esa «necesidad del alma» sin la que no es posible hallar el impulso espiritual del que tan necesitada estaba Europa, devastada por la guerra.

Con su experiencia de la condición humana, Camus halló en Simone Weil el calor espiritual capaz de acoger su inquietud ante una justicia imposible de lograr sumando los anhelos de los justos. Entre ellos se tejó una auténtica «amistad espiritual»: sus almas se fundieron en un abrazo atemporal hecho de pasión por la verdad y la libertad. Ambos pusieron el intelecto y la vida a disposición de estas grandes dimensiones humanas, desenmascarando una cultura forjada con palabras, pero desvinculada de la vida. Coincidencias asombrosas marcan esta complicidad en lo espiritual: vivieron experiencias estéticas reveladoras en los mismos lugares de Italia en fechas próximas (1937) y admi-

raron la música de Mozart en el mismo periodo de tiempo¹. Y personajes del teatro de Camus se asemejan a los de *Venecia salvada*, la obra dramática de Weil. A ambos los tachó de «cátaros» Czeslaw Milosz, observando ciertos rasgos que forjaron en ellos una pureza moral de miras altas.

En aquella Europa destrozada, Weil y Camus se exiliaron en sus propios adentros. Sus personalidades hondas y comprometidas los hicieron extraños en una sociedad que se sometía a la tiranía o sucumbía ante la fuerza. Así escribía ella a su hermano: «El alma humana está exiliada en el tiempo y en el espacio, que la privan de su unidad; todos los procesos de purificación se reducen a librarla de los efectos del tiempo, de manera que llegue a sentirse casi en casa en el lugar de su exilio» (OC VII 1, 477). Él vivió igualmente el exilio como su propio hogar, como atestiguan sus escritos y muy especialmente *La peste* (1947) o *El exilio y el reino* (1957).

El arraigo sufrió un último vaivén. En una carta a sus padres, Simone les dice que está escribiendo una segunda «gran obra» (OC VII, 1, 280) —la «primera», *Reflexiones sobre las causas de la opresión social y la libertad*, data de 1934—. Cuando estaba ingresada en el hospital Middlesex, añadió once páginas al manuscrito. Se distinguen de las demás porque van sin numerar y la letra es más grande y espaciada. Fueron halladas en 1949, poco después de la publicación de *El arraigo*. Al comprobar que eran continuación del libro, los padres de la filósofa rogaron una segunda tirada a la editorial y esta se avino a editarlo de nuevo.

1. Hay constancia de sus visitas a Italia en 1937: Camus (Carnet I, mai 1935-septembre 1937, *Ceuvres complètes*, t. 2, París, Gallimard, Bibliothèque de La Pléiade, 2006, pp. 829 y 831); Simone Weil (Cartas a Jean Posternak, *Ceuvres*, p. 644 ss).

Camus publicó siete obras de Simone Weil en la colección *Espoir* de Gallimard; cuatro más aparecerían después de su trágica muerte en 1960. Tenía la intención de editar todos los escritos de la filósofa (Basset, 254). El escritor articuló su trabajo en torno a cuatro grandes líneas de pensamiento: la crisis de la civilización, lo sobrenatural, el mundo del trabajo y las fuentes griegas de Simone Weil. A *L'Enracinement* siguieron, en 1950, *La connaissance sur-naturelle* (El conocimiento sobrenatural), y dos obras más en 1951: *Lettre à un religieux* (Carta a un religioso) y *La condition ouvrière* (La condición obrera). En 1953 apareció *La source grecque* (La fuente griega); en 1955, *Oppression et liberté* (Opresión y libertad) y *Venise sauvée* (Venecia salvada). En 1957, *Écrits de Londres et dernières lettres* (Escritos de Londres y últimas cartas). *Écrits historiques et politiques* (Escritos históricos y políticos), *Pensées sans ordre concernant l'amour de Dieu* (Pensamientos desordenados sobre el amor de Dios), *Sur la science* (Sobre la ciencia) y *Poèmes et Venise Sauvée* (Poemas y Venecia Salvada) son los libros publicados tras la muerte de Camus.

Primeros ecos del libro

En el primer número de la revista *Esprit* de 1950, su fundador, Emmanuel Mounier (1905-1950), elogiaba la calidad «de primer orden» de las páginas de *El arraigo*, refiriéndose a su autora como «una judía espiritual» frente a los judíos «carnales», cuyo empeño principal fue salvar sus vidas. Lo propio de los «judíos espirituales» es que transmitieron «una pasión absoluta por la verdad y la justicia». Observa Mounier que

«no hay ninguna página indiferente» en el libro, cuyo contenido es un «análisis extraordinario de cómo la Francia obrera, rural o nacional ha llegado a perder su alma y su estabilidad». Estas consideraciones constituyen uno de los primeros comentarios a la «segunda gran obra» de Simone Weil.

El poeta y crítico de origen americano Thomas Stearns Eliot (1888-1965) editó *El arraigo* en Inglaterra en 1951. Había recibido el Premio Nobel de Literatura tres años antes. Eliot admiró el «alma grande» de la autora, a quien veía próxima a la santidad. Además de «clarividencia y madurez de juicio», en *El arraigo* halló errores y exageraciones que achaca a la impulsividad y juventud de la autora. Quedó asombrado por la centralidad de Cristo en la obra. En su prólogo invita a reparar en la personalidad de la joven filósofa, a quien considera «única», y destaca su forma particular de ser a la vez francesa, judía y cristiana. Como ella, fue lector y admirador de san Juan de la Cruz.

Mounier y Eliot criticaron, como Simone Weil, las sociedades modernas; sabían, como ella, que las contradicciones de este mundo se resuelven acaso más allá de las redes del tiempo y el espacio. Los dos invitaron a la confianza cristiana, cada cual a su modo: Mounier desde el pensamiento y la acción comunitaria y Eliot con un trabajo más callado, tratando de devolver al mundo el latido del misterio. Ambos se dejaron cuestionar por la filósofa en lo profundo.

El arraigo

El arraigo, cuyo título original es, como se ha indicado, *Pre-ludio a una declaración de deberes para con los seres humanos*,

tiene tres partes establecidas por los primeros editores: una declaración fundamental de principios, en la que figuran las «necesidades del alma»; un ensayo teórico sobre el desarraigo y la necesidad de un nuevo arraigo; y una tercera, poblada de pensamientos de raíz metafísica y religiosa con los que la autora vuelve a los grandes temas de sus *Cuadernos* y a su propia visión del mundo. Simone Weil no estableció divisiones en el contenido de la obra; la escribió sin interrupción, de un tirón. Únicamente anotó estos títulos al margen del texto manuscrito: «desarraigo obrero», «desarraigo campesino», «desarraigo y nación».

En la contraportada del libro, Camus puso estas palabras de un bosquejo suyo de prefacio: «Parece imposible imaginar un renacimiento para Europa que no tenga en cuenta las exigencias definidas por Simone Weil» (Camus, *Essais* 1701). En el mismo texto indica también que la obra es una suerte de «testamento espiritual» en donde la autora «examina la relación entre individuo y comunidad, muestra los defectos del mundo moderno, el desmoronamiento de la sociedad contemporánea, y esboza las condiciones para la integración armoniosa del hombre —especialmente el obrero— en un conjunto equilibrado» (*ibid.*).

Incomprensión desconcertante

Si en 1934, a punto de emprender la experiencia de trabajo como obrera, Simone Weil decidía retirarse de la política activa, nueve años después volvía a ella desde la reflexión y el pensamiento. A aquella retirada siguió su primera «gran obra»: *Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión*

social, y fruto de este retorno será su segunda «gran obra»: *Preludio a una declaración de deberes para con los seres humanos*. Ambos trabajos contienen una suerte de «inventario de la civilización presente» (OC II, 2, 107) y exponen propuestas para reedificar las ruinas dejadas por la guerra, aunque la crisis europea venía de más atrás, como queda patente en las páginas de *El arraigo*. En el periodo de la guerra, a este ejercicio intelectual de pensamiento político hay que añadir constantes demandas de acción por parte de Simone Weil: pidió servir en misiones peligrosas. Tanto en Nueva York como luego en Londres, rogó a Maurice Schumann participar personalmente en operaciones de sabotaje; se prestó, por ejemplo, a ser lanzada en paracaídas sobre suelo francés. Tal actitud puede interpretarse como una compensación del trabajo intelectual por medio de la acción. Los responsables de Francia combatiente no tuvieron en cuenta semejante iniciativa.

El arraigo comienza con un clamor ante algo que turbaba sobremanera a su autora: la proclamación de los derechos por delante de las obligaciones. Plantear así las cosas le parecía una salida en falso, un grave error de inicio. Su mirada atenta sobre lo real le mostraba la inconveniencia de partir de los derechos, porque estos solo tienen asiento en las obligaciones: sin obligaciones, los derechos quedan sin base. Lo propio, lo *real*, era referirse primero a obligaciones y deberes.

En uno de los textos de Londres, «La persona y lo sagrado», escrito a la par de *El arraigo*, Simone Weil se refiere a dos «nociones insuficientes», la de derecho y la de persona: «Amalgamar dos nociones insuficientes hablando de derechos de la persona humana no nos llevará lejos» (OC V 1,

213). Y subraya que la noción de derecho lanzada en 1789 ha resultado inútil, incapaz de llevar a cabo la misión que se le confió en su día; y lo mismo la noción de persona, fuertemente criticada en el mencionado escrito.

Simone Weil leyó *Les droits de l'homme et la loi naturelle* (Los derechos humanos y la ley natural), de Jacques Maritain (Nueva York, 1942), a poco de publicarse. Este libro inspiró en buena medida la conferencia dictada en Nueva York por André Philip el 7 de noviembre de 1942 —«Los fundamentos jurídicos y morales de la resistencia francesa»— e inspiraría igualmente una futura Declaración de derechos del hombre y el ciudadano en el seno de Francia combatiente. El general De Gaulle tuvo muy en cuenta el pensamiento de Maritain, pues era uno de los intelectuales franceses con más autoridad en los Estados Unidos. Simone Weil se vio con Philip en Nueva York, pero no hay constancia de que asistiera a su conferencia. No obstante, aun cuando no hubiese acudido a escucharlo, tuvo que conocer el contenido del discurso y las referencias en él a la obra de Maritain, pues estaba a punto de incorporarse al equipo de Philip en Londres.

La filósofa coincidió con Maritain a los pocos días de llegar a Nueva York, en 1942, en la celebración del 14 de julio. Traía de Francia cartas para él e intercambiaron una breve correspondencia durante el verano. Pero no volvieron a verse. No estaba de acuerdo con el filósofo tomista en muchos aspectos, sobre todo en lo tocante a la noción de persona y a su visión de los derechos. Le reprocha además una mala lectura de Aristóteles cuando trata la esclavitud, como consta en las páginas de *El arraigo*. En «La persona y lo sagrado», la filósofa se refiere a la «singular confusión» pro-